



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12198

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extran-
era.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR24

VIERNES 4 DE JULIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Fecha triste

Fecha triste la fecha de ayer. La Historia la registrará como una de las más luctuosas de la vida de España.

Con ansiedad grandísima y en-
gañada por ciertos espejismos, la
mayoría de los españoles vio salir
de la bahía de Santiago de Cuba
nuestros modestos barcos, aquellos
valientes cruceros que habían he-
cho desde Cabo Verde el viaje mas
peligroso y fantástico que armada
guerrera pudo realizar.

Debieron recalar en la Habana y
recalaron en el puerto de Cuba
porque así lo quiso la necesidad,
no la voluntad del almirante.

Ayer hizo cuatro años que aban-
donaron aquel puerto para hundir-
se en el mar. Había que salvarlos
ó perderlos y obedeciendo una or-
den que sera siempre discutida, sa-
lieron, afrontando la muerte sus
tripulaciones pensando en las fami-
lias que iban á quedar desampara-
das, en la patria que iba á perder lo
poco que le restaba de marina, en
Dios en cuyo seno dormirían pasa-
das unas horas los que por culpas
de que no eran responsables iban
a perder la vida en desigual pelea.

El telégrafo nos trajo la noticia.
Los barcos habían abandonado el
puerto desafiando al poderoso ene-
migo que lo bloqueaba. Y el entu-
siasmo se desbordó á torrentes, ol-
vidando los que lo sentían que en-
tre las fuerzas españolas y los yan-
kis había una diferencia enorme á
favor de éstas últimas.

Los que pesaron y midieron de
antemano las consecuencias del ter-
rible choque, no se entusiasma-
ron. Previendo lo que acontecería,

esperaron ansiosos temiendo la
llegada de la nueva fatal que iba á
convertir el entusiasmo en desespera-
ción.

Y la nueva llegó. Poco después
de salir los barcos de Santiago de
Cuba se habían cumplido los pre-
sentimientos naturales y lógicos de
los tripulantes; el hierro, sembran-
do la muerte, había dejado en hor-
rible desamparo multitud de fami-
lias, á España sin aquellas defen-
sas flotantes tenidas equivocada-
mente desde el principio de la lu-
cha como la salvaguardia de la in-
tegridad de la nación y centena-
res de almas volaban á la mansión
celestes llevando la ofrenda de los
mártires.

Horrible despertar el despertar
de la nación.

Dormida en brazos de una con-
fianza inverosímil, hija de su igno-
rancia, su primer pensamiento al
salir de esa muerte periódica que
llamamos sueño, fué para aquellos
barcos. ¿Dónde estarían en aquel
momento?

Estaban donde habían de estar,
donde temieron que pararian los
que no sintieron entusiasmo algu-
no, sino terrores; al llegar la no-
ticia de que habían abandonado el
puerto de refugio. Estaban en el
fondo del mar, perdidos para Es-
paña, incendiados, con sus tripula-
ciones deshechas, sirviendo de pe-
destal de gloria á los que sin ries-
go de ninguna clase los echaron á
pique y apresaron.

Han pasado cuatro años de aque-
lla fecha luctuosa y aun pensamos
con verdadero espanto en aquel
día que fué para el país de sin igual
tortura. El telegrama anunciador
del desastre iba de mano en mano
atraído por la ansiedad y rechazado
por el horror. Los destroyers
en el fondo del mar; los cruceros

embarrancados y claveleados por
las balas; las tripulaciones priso-
neras en parte, y en parte dur-
miendo el sueño de la muerte...

Y los ojos se llenaban de lágrima-
mas; la indignación estallaba en
los pechos; la desesperación ponía
en los labios maldiciones, blasfe-
mias, palabras fieramente subver-
sivas, toda la cohorte de clamores
y gritos que engendra en los pue-
blos la idea de haber sido engaña-
dos.

Con el recuerdo penoso de aque-
lla desdicha, queda otro digno de
admiración: el recuerdo de aque-
llas tripulaciones correctísimas,
que sabiendo que iban á una muer-
te sin lucha y sin gloria, se les di-
jo:—¡ad!—y fueron sin que se es-
chegara el más leve rumor de pro-
testa.

La Historia consignará ese altísi-
mo ejemplo de obediencia que lle-
vó á dos mil hombres al sacrificio
de la vida.

DE JACINTO VERDAGUER

MARINA

Poesía escrita en el golfo de Las Yeguas,
después de dar eclesiástica sepultura á
una niña de aquel nombre, muerta re-
cientemente nacida.

¿No oías? Despertador toque de salva
el buque hace temblar:
¿Caido en su cubierta habrá el del alba
celeste luminar?
Una niña nació como él temprana,
bañada en su arrebol;
la luna onvilia en beldad galana,
su cabellera el sol.
—Ven á mi mano, ven, póstate en ella,
paloma celestial;
tú guiarás, volando, nuestra huella
hacia el país natal.
Tu madre cauturó para que rías
una alegre canción;
sus ojos se encendrán si acaso anafas

volver á tu mansión.
En cuna dormirás de madreperla,
de Tetis un joyel,
con sus besos el sol consignó henderla
en el hondo verjel.
Estrellitas de mar serán tu juego,
y un arpa de coral,
que logre de tus penas el sosiego
y aduerma el temporal.
—Al mástil, marineros; con banderas
del más vivo color,
formad iría con flámulas ligeras
y grímpolas en flor.—
Se agitan las del barco blancas alas,
los bronceos al sonar,
y el aire inundan músicas y galas
al ir á bautizar.
El pléyago con santa mansedumbre
del cura oye la voz,
y hasta parece que la azul techumbre
sea su tornavoz.
Cuando destila de la concha fina
el agua del Jordán,
el apropiado nombre de Marina
le pone el Capitán.

La madre, que entre sueños oyó un canto
lanza un ¡ay! de dolor;
¿será que bajan ángeles en tanto
á robarle su amor?
Si; sus tiernas pupilas ya se empuñan
cual húmedo cristal,
y á los que en torno en lágrimas la bañan
acaricia jovial.
Mudo el labio parece repetirle;
—no me llores así;
¿á qué en tan cierto viaje despedirnos?
pronto os espero allí.—
Con el capillo mismo por mortaja
Dios verla doseó,
y entre una ola que sube y la que baja,
caña y tumba encontró.
Por angel suyo el mundo la quería,
por sirena la mar;
y dijo Dios: —«aquesta flor es mía
y la quiero en mi altar».
Sin tocar tierra emprendes la partida,
te elevas pura y fiel,
desde este mar amargo cual la vida,
á un mar de olas de miel.
¡Ay, quién tuviese tus nevadas alas,
paloma, y, de tí en pos,

á mar y tierra y sus mentidas galas,
poder decir —«adiós».

Traducción de
(Gente Vieja.) MELCHOR DE PALAU.

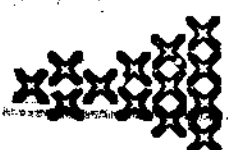
TIJERETAZOS

Dice un colega sevillano de la clase de
no liberales:
«En Salamanca, Lerroux terminó su dis-
curso gritando:
— Si es preciso matar, mataremos.
No te tires Reverte.»
No hay para qué tirarse.
¿No ve el colega que si Lerroux se tira
el muerto es él?
¿Y si Lerroux se refiere á no haber quien
matara los pollos para hacer el almuerzo?
Para eso no hace falta el Reverte, ni el
«Chico de la Blusa», ni siquiera el «Pa-
tata».
Habiendo una mano ducha en la faena
de retorcer pescuezos... no hace falta
más.

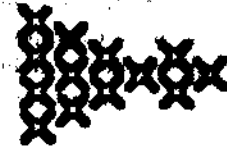
Copiamos:

«El Sr. Urzáiz, ministro algo equivoca-
do, inventaba que desmembrando la pla-
ta, convirtiéndola en barbas, rasgando
los billetes al Banco, pagándole lo que el
Tesoro le adeudaba subirían los cambios, y
el oro, como otro hijo pródigo, volvería á su
casa paterna... ¿no se fijó dicho ministro
que nuestro capital está en manos extran-
jeras, que causan los cambios y la desapa-
rición de aquél?...
Hombre, no; el Sr. Urzáiz no tuvo nua-
ca la intención de que los cambios subie-
ran.
Su gestión se encaminaba á todo lo con-
trario: á hacerlos bajar.
Por lo demás, quien tales errores come-
te no tiene autoridad para dar su opinión
en cuestiones de Hacienda.
Digo yo.

Con motivo de la coronación de Eduardo
VII se había preparado para los asistentes
á la ceremonia un almuerzo en el palacio
de Westminster para después de la corona-
ción.



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



139 HANIA

Es la señal de mi esposo,
Mi lea Filón que me ama,
Que me espera, que me llama.

Cuando hubieron terminado, los viejos gritaron á
nuestras espaldas:

—¡Bravo! ¡bravo! Ahora cantad alguna otra cosa.

Púsome también yo á cantar con ellos: Hania y Se-
lim tenían una voz preciosa, pero la de Selim tenía
un timbre y una expresión especialísima. Cuando yo
desentonaba más de lo regular, ella y él se burla-
ban de mí. Después cantaron otras dos can-
cines, y entre tanto yo iba pensando por que Hania no había
de haber cogido las crines de mi caballo en vez de
coger las del caballo de Selim. Su caballo le gustaba
mucho más, de vez en cuando se apoyaba en el cuello
del animal, ó lo acariciaba suavemente, murmurando:

— ¡Rico! ¡rico!

Y el manso corcel relinchaba y parecía buscar con
sus jadeantes naticas, el terroncito de azúcar.

Todo esto me puso triste; ante mis ojos no veía
otra cosa que aquella mano apoyada sobre las crines
del caballo de Selim.

138 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

su tenue luz en sutiles rayos sobre el solitario ca-
mino.

— ¿Cantemos una canción?—propuso Selim,—una
canción antigua que es muy bonita, la del leal Fi-
lón.

—Nadie de nosotros la sabe,—observó Hania.—Yo
sé otra mucho más bonita que empieza:

«Caen en otoño
Las marchitas hojas...»

Esto dió lugar á un pequeño altercado que termi-
nó poniéndose de acuerdo y resolviendo que primero
se cantaría la canción del leal Filón, porque á mi pa-
dre y al padre Luis les gustaba oír, por recordarlos
sus tiempos juveniles.

Hania introdujo su blanca mano entre las crines
del caballo de Selim, y luego se puso á cantar junto
con el joven tártaro:

Brilla el astro plateado
Sobre el bosque silencioso;
Unas palmadas resacho

135

HANIA

—¡Señoritos!... ¡Hania!... se os suplica que subáis á
tomar el té,—gritó desde la terraza la señora de
Ivas.

Y los tres subimos alegres y contentos.

La mesa había sido puesta en la terraza. Las lám-
paras que ardían en distintos puntos, esparcían una
ténue luz, y un enjambre de mariposas revoloteaban
en torno de la luz, azotando los globos de cristal; los
pámpanos de la vid silvestre que serpenteaba alrede-
dor de la terraza, se agitaban murmurando á im-
pulsos del suave aire de la noche, y de detrás de los
álamos surgía la luna en su plateado plenilunio.

Nuestra conversación había insinuado en Hania,
en Selim y en mí una disposición de ánimo singular-
mente dulce y afectuosa. La apocó-
pática ejerció también su influencia sobre mi padre y
sobre el padre Luis. Sus semblantes estaban serenos
y puros como el cielo que nos servía de arcosano.

Después del té, la señora de Ivas colocó encima de
la mesa una baraja y se puso á jugar un solitario; mi
padre estaba de muy buen humor y se puso á hablar
de los tiempos pasados, lo cual era siempre una prue-
ba de que se hallaba en el colmo de su satisfacción.

—Me acuerdo todavía muy bien,—dijo,—de que
una vez nos hallábamos en las cercanías de una al-
dea el distrito de Krassostavosk. La noche era tan
obscura que no se veía una aneta.